

A close-up, high-contrast photograph of a lion's fur, showing the texture and color variations from golden-brown to dark brown. The fur is the background for the entire cover.

AUDREY CARLAN

CALENDAR
GIRL

ENERO FEBRERO MARZO

— 1 —

TU
PRÓXIMA
OBSESIÓN

 Planeta

AUDREY CARLAN

CALENDAR GIRL 1

Traducción de Vicky Charques y Marisa Rodríguez

ENERO

Ginelle Blanch

*Has estado conmigo desde el principio...
Tus lecturas me han salvado un centenar de veces.
Gracias por creer en mí y en mis historias,
y por quererlas tanto como yo a ti y a tus reseñas.
Namasté, querida amiga.*

FEBRERO

Jeananna Goodall

*Hace un año que publiqué mi primera novela.
Tú me has animado desde el primer momento,
has sido mi primera lectora y mi fan número uno.
Ahora tengo el gran honor de poder llamarte amiga.
Adoras a mis personajes como si fueran tuyos,
y me mantienes emocionalmente conectada a ellos.
Tienes una infinidad de dones y talentos,
y estoy tremendamente agradecida de que los compartas conmigo.
Amor y luz.*

MARZO

Heather White

*Mia está en Chicago gracias a ti.
Tú también dejaste tu ámbito familiar y te embarcaste en una
aventura.
El libro de este mes demuestra que asumir riesgos puede ser algo
maravilloso.
A veces te cambia la vida, o te la altera.
La mayoría de las veces merece la pena.
Eres una bella persona y me encanta que formes parte de mi vida.
Kisses, amor.*

ENERO

El amor verdadero no existe. Durante años creí que sí. De hecho, creí haberlo encontrado. Cuatro veces, para ser exacta. Veamos:

Taylor. Mi novio del instituto. Estuvimos juntos durante los cuatro años. Era una estrella del béisbol, el mejor jugador que jamás había pisado el instituto. Fuerte, con más músculos que cerebro y con un pene del tamaño de un maní, probablemente a causa de todos los esteroides que tomaba a mis espaldas. Me dejó la noche de la graduación. Se largó con mi virginidad y con la jefa de las animadoras. Al cabo del tiempo me enteré de que había dejado los estudios y estaba trabajando como mecánico en alguna ciudad sin nombre, tenía dos hijos y una mujer que ya no lo animaba.

Después vino el profesor ayudante de prácticas de mi clase de psicología en el centro de estudios superiores de Las Vegas. Se llamaba Maxwell. Creía que aquel chico caminaba sobre las aguas, pero lo único que hizo fue pisotearme el corazón al tirarse a una alumna de cada clase a las que asistía. El tío se puso las botas. Pero no pasa nada. Acabó dejando embarazadas a dos chicas a la vez y lo expulsaron de la facultad por conducta inapropiada. Con

diecinueve años ya tenía a dos madres detrás de él para que les pagase la manutención. Había algo poético en aquello. Menos mal que yo siempre le exigía que se la enfundara antes de metérmela.

A los veinte me tomé un descanso. Me pasé todo el año sirviendo mesas en el hotel casino MGM Grand de la Franja de Las Vegas. Allí fue donde conocí al número de la suerte, Benny. Pero no tuve suerte, y él tampoco. Era un contador de cartas. En su momento, me dijo que trabajaba en ventas, que frecuentaba los casinos y que le encantaba jugar al póquer. Tuvimos un romance apasionado que no fue para nada romántico. Creo que me pasé la mayor parte del tiempo borracha y debajo de él pero, en fin, creía que me quería. Me lo decía sin parar. Nos pasamos dos meses bebiendo, nadando en la piscina del hotel y cogiendo toda la noche en una de las habitaciones que un compañero mío del departamento de limpieza me conseguía. Yo lo invitaba a él y a sus amigos a unas copas en el bar, y él me daba la llave de una habitación casi todas las noches. Funcionaba. La cosa funcionaba. Hasta que dejó de hacerlo. A Benny lo descubrieron contando cartas y desapareció. El primer año de su desaparición lo pasé furiosa. Después descubrí que le habían pegado una paliza y habían estado a punto de matarlo. Permaneció un tiempo en el hospital y, cuando le dieron el alta, se largó de la ciudad, abandonándome definitivamente sin decir una palabra.

Mi último error fue lo que podríamos llamar la *gota que colmó el vaso*, y la razón por la que acabé convencida de que el amor verdadero es algo que se han inventado las empresas de tarjetas de felicitación y las personas que escri-

ben novelas y comedias románticas. Se llamaba Blaine, pero debería haberse llamado Lucifer. Era un hombre de negocios con mucha labia. Lo de *hombre de negocios* es un decir. En realidad era un usurero. El mismo usurero que le prestó a mi padre más dinero del que jamás podría devolverle. Primero se volvió contra mí, y después contra mi padre. En su momento pensaba que nuestro amor era una historia típica de los cuentos de hadas. Blaine me prometió la luna, pero hizo de mi vida un infierno.

—Por eso creo que deberías aceptar el trabajo que te ofrece tu tía y ya está.

Mi mejor amiga, Ginelle, hizo estallar la pompa de su chicle de forma sonora en el auricular. Me aparté el teléfono de la oreja.

—Es la única salida, Mia. ¿Cómo, si no, vas a sacar a tu padre de este lío con Blaine y sus matones?

Bebí un trago de agua fría mientras el sol californiano transformaba las gotas en pequeños puntos de luz sobre la botella estriada.

—No sé qué hacer, Gin. No tengo ese dinero. No tengo nada ahorrado. —Suspiré con frustración, y sonó fuerte y dramáticamente exagerado incluso para mí.

—Oye, tú siempre has estado enamorada del amor...

—¡Ya no! —le recordé a mi amiga de toda la vida.

A través del teléfono se oía el bullicio de Las Vegas. La gente creía que el desierto era un lugar tranquilo. No en la Franja. Las máquinas tragamonedas tintineaban y los timbres sonaban como un rumor monótono allá adonde fueras. Era imposible huir de él.

—Sí, sí. —Rozó el teléfono con algo y casi me deja sorda—. Pero a ti te gusta el sexo, ¿verdad?

—Yo no soy como Barbie, Gin. Las matemáticas no son difíciles.¹ No me hagas preguntas absurdas. Podría acabar muerta.

En realidad, si no encontraba pronto la manera de conseguir un millón de dólares, sería mi padre el que acabaría muerto.

Ginelle gruñó e hizo explotar otro globo.

—Pero si aceptaras el trabajo de escort, lo único que tendrías que hacer es estar guapa y coger mucho, ¿no? Hace meses que no echas un polvo. ¿Por qué no relajarse y disfrutar de la experiencia?

Sólo Ginelle podría encontrar la manera de hacer que ser acompañante de lujo pareciese el trabajo ideal.

—Esto no es *Pretty Woman*, y yo no soy Julia Roberts.

Me dirigí a mi moto, una Suzuki GSXR 600 a la que simplemente llamaba *Suzi*. Era la única cosa de valor que poseía. Pasé una pierna por encima del asiento, coloqué el teléfono de forma que no se cayera y puse el altavoz. Dividí mi pesada melena negra, larga y rizada en tres partes y me hice una trenza gruesa.

—Oye, sé que lo dices con buena intención, y la verdad es que no sé qué voy a hacer. No soy una fulana. O, por lo menos, no quiero serlo. —Sólo de pensarlo, me daban escalofríos—. Pero debo encontrar la manera de salir de esta como sea. Tengo que conseguir pasta, y rápido.

¹ En 1992 sacaron a la venta una Barbie que decía «*Math class is tough!*» («La clase de matemáticas es difícil»), aunque a menudo se ha citado erróneamente como «*Math is hard*» («Las matemáticas son difíciles»). (*N. de las t.*)

—Sí... Bueno, ya me contarás cómo va la reunión con Exquisite Escorts. Llámame esta noche si puedes. Dios, voy a llegar tarde al ensayo, y todavía tengo que vestirme. —Su voz se volvió agitada y pude imaginármela corriendo apresuradamente por el pasillo del casino en dirección al trabajo, con el móvil pegado a la oreja y sin importarle una mierda si alguien la miraba o pensaba que era una pirada. Eso era lo que la hacía tan especial. Decía las cosas como son... siempre. Igual que yo.

Ginelle trabajaba para el espectáculo *burlesque* Dainty Dolls en Las Vegas. Mi mejor amiga era bajita y dulce como su nombre, y movía el culo de maravilla. Hombres de todas partes del mundo acudían para ver el espectáculo picante de la Franja. Pero, a pesar de ello, no ganaba lo suficiente como para sacarnos a mí o a mi padre de aquel embrollo, y a mí jamás se me habría ocurrido pedirselo.

—OK, te quiero, zorra —dije con dulzura mientras me metía la trenza por el cuello de la chupa de cuero para que cayera entre mis omóplatos.

—Yo a ti más, putona.

Giré la llave de la moto en el contacto, arranqué y me puse el casco. Me metí el móvil en el bolsillo de la chaqueta, aceleré y salí corriendo hacia un futuro que no quería pero que no podía evitar.

—¡Mia! ¡Mi niña guapa! —dijo mi tía mientras me rodeaba con sus huesudos brazos y me aplastaba contra su pecho.

Era muy fuerte para ser tan delgada. Llevaba el pelo negro recogido en un torcido francés. Vestía una blusa

suave como la seda —probablemente porque era de seda— metida en una falda de tubo de cuero negro que combinaba con unos altísimos tacones de aguja con esa suela roja sobre la que tanto había leído ojeando los últimos números de *Vogue*. Estaba muy guapa. Y, más que guapa, parecía «cara».

—Tía Millie, cuánto me alegro de verte —empecé a decir, pero dos dedos de largas uñas lacadas de rojo sangre y un siseo me mandaron callar.

Chasqueó la lengua dos veces a modo de negación.

—Aquí me llamarás *señora Milan*.

Levanté la vista al techo con gran dramatismo.

Ella entornó los suyos en respuesta.

—Preciosa..., para empezar, no pongas los ojos en blanco: es grosero e impropio de una dama. —Sus labios formaron una línea firme—. Y, en segundo lugar...

Comenzó a rodearme, evaluándome como si fuese una obra de arte, una estatua, algo frío e impenetrable. Y tal vez lo fuera. En la mano llevaba un abanico de encaje, el cual abría, cerraba y golpeaba contra la palma de su otra mano durante su escrutinio.

—... no vuelvas a llamarme *Millie*. Esa mujer hace mucho que desapareció, murió cuando el primer hombre en el que confié me arrancó el corazón, lo frió y se lo dio de comer a sus perros.

Era una imagen espantosa, pero si algo caracterizaba a la tía Millie era su honestidad.

—Levanta la cabeza.

Me dio un golpecito en la parte inferior de la barbilla para que corrigiese mi postura inmediatamente. Después hizo lo mismo en la sensible zona de los riñones, donde la

estrecha camiseta que llevaba no llegaba a tocar los jeans ceñidos que tanto me gustaban. Enderecé la columna al instante y saqué pecho. Su sonrisa de labios rojos se amplió y mostró unos dientes perfectos y blanqueados. Eran los más bonitos que se podían comprar con dinero, y un gasto habitual para las mujeres ricas aquí, en Los Ángeles. No podía dar ni cinco pasos sin encontrarme con alguien que acudía a su dentista más de lo que era médicamente necesario, aunque con menor frecuencia con la que acudían al dermatólogo para recibir sus inyecciones mensuales de bótox. La tía Millie era obviamente una clienta asidua de Carrillas-R-Us. Pero he de decir que, aunque rozaba los cincuenta, se conservaba bastante atractiva.

—No hay duda de que eres preciosa. Y lo estarás aún más cuando te pongamos algo presentable y te hagamos algunas fotos para el porfolio.

Hizo una mueca de desagrado al contemplar mi atuendo de motera.

Retrocedí y choqué con una butaca de piel que había cerca.

—No he accedido a nada.

Millie entornó los ojos hasta que apenas podía verlos.

—¿No dijiste que necesitabas mucho dinero y rápido? Creo recordar algo acerca de que el inútil de mi cuñado estaba en el hospital, que tenía problemas.

Se sentó despacio, cruzó las piernas y apoyó los dos brazos con delicadeza sobre los blancos reposabrazos de piel de su silla. A la tía Millie nunca le había gustado mi padre, cosa que me entristecía, porque el hombre lo hizo lo mejor que pudo como padre soltero cuando su hermana, mi madre, abandonó a sus dos hijas. Yo tenía diez años por aquel

entonces. Madison tenía cinco, y, hasta la fecha, no tiene ni el más mínimo recuerdo de nuestra madre al que aferrarse.

Me mordí la lengua y la miré directamente a sus ojos verde pálido. Nos parecíamos mucho. Dejando a un lado todos los retoques que se había hecho, era como si me estuviera mirando en un espejo dentro de veinticinco años. Sus ojos eran del mismo tono verde claro, casi amarillo, que tanto llamaba la atención a la gente. De color «verde amatista», decían. Era como mirar un insólito diamante verde. Nuestro pelo era del mismo tono exacto de negro azabache; tanto era así que, cuando le daba la luz, parecía azul.

Me senté, apoyé los hombros en el respaldo de la incómoda butaca e inspiré hondo.

—Sí, papá se ha metido en un buen lío esta vez con Blaine.

Millie cerró los ojos y sacudió la cabeza. Me mordí la lengua de nuevo al recordar a mi padre, pálido y demacrado, con todo el cuerpo lleno de moretones, yaciendo casi sin vida sobre la cama del hospital.

—Ahora mismo está en coma. Hace cuatro semanas le dieron una paliza de muerte. Todavía no se ha despertado. Los médicos creen que podría ser por el traumatismo cerebral, pero no sabremos nada hasta que pase un tiempo. Le rompieron muchos huesos. Lleva todo el cuerpo enyesado —le expliqué.

—Por todos los santos. Qué salvajes —susurró, y se pasó la mano por el pelo para acomodarse un mechón suelto detrás de la oreja mientras se recuperaba del impacto que le había causado la noticia.

Millie era una gran manipuladora y sabía controlar sus emociones mejor que nadie que hubiese conocido. Ojalá yo tuviese ese talento. Lo necesitaba.

—Sí. Y la semana pasada, mientras lo velaba junto a su cama, uno de los matones de Blaine vino a verme. Me dijo que me fuera despidiendo de mi padre, que, si no le devolvíamos su dinero con intereses, lo matarían. Y que después irían a por mí y a por Maddy. La *deuda de los herederos* lo llaman. Total, que necesito conseguir un millón de dólares, y rápido.

La tía Millie sacó los labios y empezó a darse golpecitos con la uña del dedo índice sobre el pulgar. El incesante ruido me estaba poniendo de los nervios. ¿Cómo podía mostrarse tan tranquila, tan cruel? La vida de un hombre, mi vida y la de mi hermana pequeña pendían de un hilo. Sé que mi padre le daba igual, pero mi hermana y yo siempre habíamos sido su ojito derecho.

Millie me miró con unos ojos feroces que centelleaban con una emoción desconocida.

—Puedes conseguirlo en un año. ¿Crees que te darán un año si vas pagándoles a plazos?

Frunció el ceño hasta que sus cejas se tocaron mientras mantenía toda la atención fija en mí.

Se me empezaron a poner los pelos de punta y eché los hombros hacia atrás adoptando una actitud defensiva. Sacudí la cabeza.

—No lo sé. Sé que Blaine quiere su dinero, y como tuvimos algo hace tiempo, supongo que podría suplicarle. A ese puto sádico siempre le gustó verme suplicando de rodillas.

—Guárdate tus correrías sexuales para ti, preciosa. —Sonrió con malicia—. Visto lo visto, tendremos que ponerte a trabajar de inmediato. Sólo en las cuentas de mayor caché. Tenemos que organizarlo todo rápidamente. Quiero

que estés aquí mañana a primera hora para la sesión de fotos, que durará todo el día. Haremos instantáneas, algunos videos, etcétera. Les pediré a mis chicos que las suban a la página segura al día siguiente.

Todo iba muy deprisa. Las palabras «puedes conseguirlo» resonaban en mi cabeza como una cuerda de salvamento, como si estuviese en una balsa en mar abierto rodeada de tiburones, aunque manteniéndome a flote.

—Pero ¿tendré que acostarme con ellos? Me refiero a que sé que hay distintos tipos de escorts...

Cerré los ojos mientras aguardaba su respuesta, hasta que sentí que algo cálido cubría mis manos. Eran las suyas.

—Preciosa, no tienes que hacer nada que no quieras hacer. Pero si pretendes conseguir todo ese dinero, deberías considerarlo. Mis clientes y yo tenemos un acuerdo no escrito, por así decirlo. Mis chicas se acuestan con ellos, y ellos añaden un veinte por ciento a sus honorarios. Ese veinte por ciento se deja en efectivo, en un sobre, en el cuarto de la chica o se le ingresa directamente en su cuenta. Representa que eso no tiene nada que ver conmigo ni con el servicio que ofrezco, ya que la prostitución es ilegal en California. —Millie se tocó la barbilla con el dedo índice—. Pero es justo que mis chicas perciban más por sus atenciones, ¿no te parece?

Me guiñó el ojo y yo asentí de forma débil sin saber qué pensar, pero conviniendo de todos modos.

—Te buscaré servicios de un mes entero. Es la única manera de conseguir un salario de seis cifras al mes. No obstante, yo no vendo sexo. Si te acuestas con ellos será porque quieres hacerlo, aunque seguro que, cuando veas a algunos de los hombres que tengo en la lista de espera, te

replantearás el hecho de lanzarte a la piscina, por no hablar de la paga extra.

Sonrió y se puso de pie. Rodeó su mesa de cristal y se sentó. Se volvió hacia su ordenador, indicándome sin palabras que ya podía marcharme. Me sentía pegada al asiento de piel, incapaz de moverme. No paraba de pensar en cómo diantres iba a hacer eso. Iba totalmente en contra de mis principios.

—Lo haré —me oí susurrar.

—Claro que lo harás. —Me miró por encima de la pantalla de su ordenador y sus labios compusieron una sonrisa torcida—. No te queda más remedio, si quieres salvar a tu padre.

El día siguiente fue un no parar. Me sentía como el personaje de Sandra Bullock en *Miss agente especial*. Me hicieron una limpieza facial, me exfoliaron, me depilaron la cara con pinzas y el cuerpo con cera. Me sentía como un alfiletero, y casi acabo dándole un puñetazo a la asesora de belleza que Millie había contratado para «arreglarme». Aun así, el resultado era innegable. Cuando me miré en el espejo apenas reconocía a la mujer que me devolvía la mirada. Mi cabello largo y negro brillaba como nunca y descendía por mi espalda y sobre mis hombros formando unos rizos perfectos. Y la luz sobre mi piel producía un efecto radiante. El bronceado normal que tantas semanas me había costado conseguir bajo el sol de California resplandecía ahora como la miel y resaltaba mis mejores rasgos. El vestido que me había puesto era de color lavanda, cómodo y refinado. Se ceñía perfectamente a cada curva y

cada zona tonificada de mi cuerpo, produciendo el efecto deseado. Sexi y elegante. Cuando el fotógrafo me sentó sobre un frío banco de mármol blanco, parecía un ángel oscuro. Empezó indicándome él cómo debía colocarme, pero antes de darme cuenta ya había aprendido a poner los labios como dando besos y esa mirada perdida en la distancia desprovista de emoción. Así era como debía permanecer a partir de ahora. Sin emociones.

Cuando terminamos, volví a ponerme mi ropa de calle, que siempre consistía en unos jeans y una camiseta ajustada, y me dirigí de nuevo al despacho de Millie, o de la *señora Milan*.

—Preciosa, ¡estas fotos son magníficas! Siempre supe que serías una gran modelo.

Hizo clic unas cuantas veces con el *mouse* mirando la pantalla de su ordenador mientras yo me acercaba para ver lo mismo que ella. Me quedé sin aliento al distinguir una de las imágenes que el fotógrafo me había hecho.

—Es increíble. —Me quedé sin palabras por un instante—. No me puedo creer que esa sea yo.

Sacudí la cabeza conforme las imágenes se iban subiendo una a una a la página web de Exquisite Escorts. Si no acabara de hacerme las fotos, jamás habría creído que era yo.

Los labios de mi tía esbozaron una lenta sonrisa.

—Eres muy guapa. —Fijó sus claros ojos verdes en los míos—. Te pareces mucho a...

—Lo que tú digas. —Sacudí la cabeza y apoyé la cadera contra su mesa de cristal. No quería oírla decir lo mucho que me parecía a mi madre—. Y ¿ahora qué? —pregunté cruzándome de brazos, mientras sentía de repente un ex-

traño deseo de protegerme frente a lo que fuera que sucediera ahora.

Se apoyó en el respaldo de su silla de piel negra con ojos centelleantes.

—¿Quieres ver a tu primer encargo?

Una lenta sensación de pánico ascendió por mi columna, pero enderecé los hombros y la miré con expresión neutra.

—¿Por qué no?

Millie se echó a reír y, después de hacer unos cuantos clics en su navegador de internet, me mostró la imagen de uno de los hombres más tremendamente atractivos que había visto en la vida. No le sobraba nada en absoluto. Incluso en su foto corporativa de la cara, su cabello rubio ceniza, sus ojos verdes y su mandíbula esculpida a la perfección eran algo fuera de lo común. Tenía el pelo largo, a capas, y ese aire desenfadado pero del todo estiloso que estaba tan de moda. No entendía nada. No parecía tener más de treinta años. Además, no era la clase de tío que necesitara pagar para salir con alguien. Parecía el tipo de hombre que volvía locas a las mujeres.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba a... —señalé al atractivo hombre de la foto— necesitar a una escort?

Mi tía se recostó contra el respaldo de la silla, apoyó sus manos entrelazadas sobre el regazo y sonrió.

—Te ha elegido a ti. —Imagino que mi rostro reflejaba lo confundida que estaba, porque se apresuró a continuar—: Les envié personalmente las tres primeras fotos de prueba a él y a su madre. Trabajo mucho con ella. En fin, el caso es que a él le has gustado. Enviará un coche para recogerme mañana por la mañana. Está en la zona, pero tendrás

que quedarte en su casa durante los próximos veinticuatro días.

Eché la cabeza hacia atrás tan rápido que parecía que me hubieran dado con un bate.

—¿Veinticuatro días? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo diantres voy a obtener trabajos o a presentarme a los castings?

No es que tuviese una brillante carrera como artista, pero tenía un agente un tanto mediocre que me conseguía algunos papeles de vez en cuando. Y, por otro lado, estaba el restaurante en el que trabajaba por las noches.

Millie me miró como si me acabase de crecer una segunda cabeza. Presionó los labios hasta formar una delgada línea y arrugó la nariz de un modo muy poco atractivo.

—Mia, vas a dejar todos tus otros empleos durante al menos un año. Ahora eres una empleada remunerada de Exquisite Escorts. Tus encargos durarán entre uno y veinticuatro días, dependiendo de las necesidades del cliente. Y, puesto que necesitas conseguir mucho dinero en un plazo corto de tiempo, deberás aceptar los trabajos más exigentes. Cuando hayan pasado esos veinticuatro días, podrás volver a casa lo que queda del mes para relajarte, recuperarte y hacerte los tratamientos de belleza que necesites. Cuando empiece un nuevo mes en el calendario, se te reasignará otro trabajo.

—¡No me lo puedo creer!

Empecé a pasearme de un lado a otro de la oficina. Me sentía como un animal enjaulado que necesitaba liberarse. De repente entendí que mi vida, tal y como la conocía, había terminado. Se acabaron las citas normales (aunque no era que tuviese muchas últimamente). Se acabaron los castings, lo que significaba que mi carrera en ciernes como

actriz pronto sería un recuerdo lejano, y apenas tendría tiempo de ver a papá, a Maddy o a Ginelle.

—Créeme, pequeña. Esto no es ninguna broma. Lo que tu exnovio le está haciendo a tu padre ha tomado esta decisión por ti. Tienes suerte de que te esté haciendo un hueco. No seas ingrata. Y ahora siéntate y cállate.

Su voz carecía por completo de su calidez habitual y se había transformado en el tono frío y formal de una empresaria resuelta.

—Lo siento.

Estaba intentando ayudarme, pero todo aquello había sido tan... repentino. Increíble. Me dejé caer sobre la silla delante de su mesa y enterré la cabeza entre las manos. Por más que me resistiera no iba a cambiar el resultado. Ahora era una chica de alquiler. Se me asignaría un hombre distinto todos los meses y, si me acostaba con ellos, sacaría un veinte por ciento más.

Negué y me eché a reír, lo que demostraba que me había vuelto completamente loca. Apoyé la cabeza en el frío cuero y miré hacia el blanco techo. Al cabo de un instante, una creciente determinación me relajó. Eso era lo que tenía que hacer. Dejar que un tipo sexi me llevase a aburridas cenas de negocios y a donde fuera que tuviera en mente. No tenía por qué acostarme con él y, ante todo, no debía enamorarme de él por nada del mundo. Al cambiar de hombre cada mes, no tendría tiempo de acabar enganchada de él como lo había estado en el pasado. ¿Quién ha dicho que tuviera que renunciar a mi carrera de actriz? ¿Qué mejor manera de perfeccionar mis habilidades de interpretación que siendo lo que aquellos hombres quisieran que fuese? Sería una persona diferente cada mes, y mi padre estaría a salvo.

Si conseguía que Blaine accediera a que le pagara a plazos, podría funcionar.

Tras inspirar hondo, me levanté y le ofrecí la mano a mi tía. Su sonrisa era perversa pero sexi. Se le daba muy bien su trabajo.

—De acuerdo, señora Milan —dije enfatizando su nombre falso para darle a entender que estaba dispuesta a comprometerme—. Al parecer, soy tu nueva *Calendar Girl*.